

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Septiembre 1.º de 1925

LAS OBRAS DE UN SANTO

PANEGIRICO DE SAN JUAN EUDES, CON MOTIVO DE SU
CANONIZACION, PREDICADO EN LA CAPILLA DEL
BUEN PASTOR.

Admirable es Dios en sus santos! Esta frase del Salmista es lo primero que ocurre a mi memoria y a mis labios cuando considero las vidas de los grandes servidores del Altísimo, la de san Juan Eudes, recién elevado por el Pontífice Supremo a la dignidad de los altares.

Un santo es un hombre como nosotros, concebido en pecado original, nacido de una débil mujer, sujeto a nuestras miserias y dolores y, lo que es más, a nuestras tentaciones, en lucha perenne contra los enemigos del alma; pero es un hombre que corresponde sin cesar a las inspiraciones de la gracia. La canonización no consiste simplemente en declarar que una alma está en el cielo, porque entonces habría que canonizar a los niños bautizados muertos antes del uso de la razón; sino que es el juicio infalible del Vicario de Cristo, de que una persona practicó en grado heroico todas las

virtudes cristianas; y en la exposición de ellas consiste el panegírico de un santo.

Para narraros las de vuestro egregio fundador necesitaría hablar durante muchas horas, acaso durante varios días; y así me limitaré a las virtudes teologales, las más excelentes porque a Dios inmediatamente se refieren. La perfección no está sólo en las palabras y los afectos, sino de modo principal en las obras. *No todo el que me dice Señor! Señor! entrará al reino de los cielos, nos enseña Cristo, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial.* Quiero deciros cómo la fe de san Juan se reveló al fundar el instituto de sacerdotes de Jesús y María; su esperanza, al crear la congregación de Nuestra Señora de Caridad del Refugio; su caridad, al difundir el culto a los Sagrados Corazones de Jesús y María.

!

Dios, que por infinito es simplicísimo, no tiene atributos realmente distintos de su esencia; y en El, según doctrina de san Agustín, el querer es el poder, y el poder es el obrar, y el obrar es su sabiduría, y la sabiduría su justicia, y la justicia su misericordia, y la misericordia el amor, y el amor es la esencia misma del Soberano Sér.

Nosotros, como limitados, necesitamos considerar en Dios perfecciones virtualmente diversas. El hombre posee dos potencias nobilísimas y puramente espirituales que son el entendimiento y la voluntad. El primero se alimenta de verdad, la segunda de bien, y una y otra facultad se mueven en orden al último fin, que es la felicidad perfecta, la bienaventuranza. La virtud que se dirige a Dios como verdad, es la fe; la que lo busca como fin supremo es la esperanza; la que lo ama como infinito bien es la caridad.

Dios es la verdad. Se llama así la conformidad entre el entendimiento y las cosas; pero en tanto que éstas se reflejan en la mente humana, las criaturas son copias de las ideas eternas de la divina inteligencia. Nuestro Hacedor no sólo nos otorgó la razón para conocer las verdades del orden natural, sino que nos reveló otras que el humano entendimiento no habría podido sospechar siquiera, o no habría sabido sino de un modo borroso e imperfecto. La virtud por la cual asentimos a la divina palabra fundados en la autoridad de quien no puede engañarse ni engañarnos, es la fé. Fúndanse en ella las demás virtudes; porque si un incrédulo confía en su salvación eterna, eso no es esperanza sino presunción; si da de comer al hambriento, alivia al enfermo, consuela al triste, eso no es caridad sino beneficencia puramente humana. La fé es lumbre vivísima; de suerte que un niño sabedor del catecismo alcanza verdades a que no llegaron jamás los filósofos gentiles; es fuerza incontrastable, de manera que quien la posea tamaña como un grano de mostaza podrá arrancar un monte de sus cimientos de granito y trasladarlo a lo profundo del mar; es certeza en nuestras dudas, victoria en las tentaciones, consuelo en las amarguras de la vida; es la escala de Jacob que une la tierra con el cielo, el tiempo con la eternidad.

Cuando la fe está vivificada por la caridad es difusiva como la luz del sol, como el calor del astro rey.

El siglo XVII, en el que apareció san Juan, fue de tremendas luchas religiosas, de inminente peligro para la fe católica en Europa. El protestantismo, todavía en su período de desarrollo se había adueñado de las naciones septentrionales y amenazaba enseñorearse de las del mediodía; ya habían empezado a brotar de su seno los errores racionalistas que afligieron al mundo en las

dos centurias siguientes; y al debilitamiento de la fe, se había unido una desenfadada licencia de costumbres. Dios ordinariamente no salva a las naciones sino por medio de los sacerdotes. Sólo a los apóstoles y a sus sucesores fue dicho: *Id y enseñad a todas las gentes, predicad el Evangelio a toda criatura; vosotros sois la sal de la tierra, la luz del mundo.* Mas en la época de que estoy tratando parte de la sal se había desvanecido; muchas de las lámparas se habían escondido debajo del clemén. Un clero sabio y santo no se forma sino al calor del seminario. El Concilio de Trento, había ordenado que se fundasen en todas las diócesis del orbe; pero las circunstancias habían impedido en Francia el cumplimiento del decreto conciliar; y Dios suscitó simultáneamente tres varones santísimos que, sin mutuo acuerdo, acometieron la anhelada reforma: san Juan Eudes, san Vicente de Paúl y el venerable Jacobo Olier. El primero fundó la ilustre congregación de Jesús y María. Los seminarios brotaron por todas partes y en ellos se formaron generaciones sucesivas de sacerdotes doctos y celosos que, a fines del siglo siguiente sellaron con su sangre lo que habían enseñado con los labios.

El abrasado celo de san Juan no puede contentarse con sembrar árboles que empiecen a rendir frutos muchos años más tarde; con salvar las almas futuras, dejando perecer las de su tiempo; y con tal fin ordena a sus sacerdotes que, a semejanza del Maestro celestial, prediquen el evangelio en los poblados y los campos, en las grandes ciudades y en las mínimas aldeas. Une el ejemplo al precepto y preside no menos de ciento veinte misiones, cada una de seis y más semanas, en las principales poblaciones de Francia, sin excluir la capital del reino.

Miradlo con los ojos del alma cuando sube al púl-

pito, al aire libre, rodeado de treinta mil personas venidas de todas las tierras comarcanas: hombres y mujeres, mozos y ancianos, hidalgos y labradores, letrados e ignorantes, católicos y hugonotes. Oídlo: por un milagro de la omnipotencia divina, su voz suena clara y distinta a muchas cuadras de distancia como al pie mismo de la cátedra. Su palabra lumínica, encendida, llena del espíritu de Dios recuerda la de Pedro el Ermitaño, la de san Antonio de Padua, la de san Vicente Ferrer, y no le trae elogios, ni aplausos, ni honores sino centenares de protestantes que tornan al seno de la Iglesia, miles de pecadores que confiesan a gritos sus culpas entre sollozos y lágrimas; familias pacificadas, enemigos reconciliados, restituciones de honras y caudales. Después de la muerte del santo, sus hijos continuaron la bienhechora tarea hasta que al fin del siguiente siglo, unos merecieron la palma del martirio, y otros comieron el pan duro y amargo del ostracismo. Cien años después volvieron a salir desterrados; y Dios que se vale de las trazas de los malos para aumentar su propia gloria, los trajo a las naciones de una y otra América. Colombia los ha recibido con particular afecto: ellos regentan varios de los seminarios diocesanos y en esta capital trabajan infatigables, con el recato y silencio que les recomendó su fundador, en la salvación de las almas.

* * *

La esperanza es hija de la fe, de tal modo, que Jesucristo Nuestro Señor las comprendió con idéntica denominación. *Mujer, grande es tu fe,* dijo a la Cananea para ponderar la sublimidad de su esperanza. Esta virtud consiste en confiar firmísimamente que Dios nos dará la gracia y la gloria en seguida, si no ponemos

obstáculos voluntarios e invencibles. Secundariamente nos hace aceptar todo cuanto nos acontece por áspero y doloroso que parezca, como venido de la mano del que nutre las avecillas del cielo, viste a los lirios del campo con real magnificencia, no permite que caiga un cabello de nuestra cabeza sin expresa voluntad suya, ni consiente que seamos tentados sobre lo que alcanzan nuestras fuerzas. La esperanza es el apoyo y el solaz del cristiano; la falta de esta virtud, y no la magnitud de los pecados, fue la que reprobó a Caín el fratricida, a Judas el apóstol traidor. Fúndase la esperanza en la sabiduría, el poder, la misericordia, y en lo infalible de las promesas del Señor.

Durante el siglo XVII apareció una herejía, el jansenismo, encaminado a destruir la esperanza cristiana. Enseñaba que el pecado original, destruyó el libre albedrío; que las buenas obras, aun las puramente naturales, son efecto sólo de la gracia, la cual no solicita la voluntad humana, sino que la impulsa de una manera fatal y totalmente irresistible. Y esa gracia no se concede sino a los elegidos que son en cortísimo número, y sólo a ellos aprovechan la sangre y la muerte del Redentor del mundo. Y si aun las personas piadosas apenas pueden salvarse, ¿que será de los pobres pecadores encenegados en el vicio?

Las predicaciones de san Juan, convertían a innúmeras mujeres depravadas. Se levantaban ellas de los pies del sacerdote purificadas a los ojos de Dios, aunque jamás en concepto de los hombres. ¿Cómo proveer a la perseverancia de aquellas infelices? El santo misionero era ministro de Jesús que perdonó a la Magdalena, salvó a la mujer adúltera, santificó a Zaqueo y le otorgó el cielo al ladrón crucificado. Era ministro del que *no quiere la muerte del pecador sino que se*

convierta y viva, del Buen Pastor que deja las ovejas fieles para ir en busca de las que había perdido, del Padre, que hace más fiesta en el cielo por la conversión de un culpado, que por la perseverancia de noventa y nueve justos. Y concibió el atrevido pensamiento de fundar una comunidad religiosa, para la conversión y perseverancia de las mujeres pecadoras. Creó varios asilos con el título de Nuestra Señora de Caridad, aprobados por los obispos diocesanos; pero la Sede Apóstólica, con la prudencia y sabiduría que la distinguen, quiso cerciorarse de si Dios perpetuaría en la Iglesia el milagro de los niños en el horno de Babilonia; si haría crecer en recogimiento y oración a las religiosas en medio de las vociferaciones y blasfemias de las almas extraviadas, si les acendraría la castidad virginal, conociendo todos los horrores del vicio y viviendo en medio de las víctimas de la sensualidad. El milagro se comprobó: el Romano Pontífice dio su aprobación al nuevo instituto, que se difundió rápidamente por todas las naciones de la tierra. Una robusta rama de aquel árbol, la provincia de Angers presidida por una mujer admirable, María de Santa Eufrasia, fue arrancada por la Iglesia del nativo tronco y sembrada aparte para que se multiplicasen los frutos, y esta congregación, honrada con el título del Buen Pastor es la que existe en medio de nosotros. Recibid, piadosas hijas de san Juan Eudes, el testimonio de admiración y gratitud que os tributo, aunque sin autoridad alguna y sólo en mi doble carácter de colombiano y sacerdote.

Creo piadosamente que san Juan Eudes ha agradecido desde el cielo la hospitalidad que Colombia ha cedido a sus congregaciones, porque los últimos milagros del santo, que se tuvieron presentes al canonizarle, se han verificado en nuestra patria y uno de ellos en esta misma casa donde ahora estamos congregados.



* * *

La caridad es la mayor de las virtudes como lo enseña el Apóstol. Dios no tiene fe, en Dios no existe la esperanza, y *Deus charitas est*. En el cielo termina la fe y se reemplaza y premia con la visión beatífica; en el cielo no existe la esperanza, y se sustituye y recompensa con la posesión del Supremo Bien; en el cielo la caridad subsiste y crece, y al que mucho amó en la tierra se galardona con mayor amor en la gloria. La fe y la esperanza pueden coexistir con el pecado; cuando el hombre comete culpa grave la caridad huye del alma y, cuando retorna, disipa todos los pecados como el resplandor del sol ahuyenta las tinieblas de la noche. Caridad es amar a Dios sobre todas las cosas, por ser quien es; amar al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios.

Cuál fuera la caridad de san Juan Eudes, lo testifican el haber conservado sin mancha hasta la muerte la blanca vestidura de la inocencia bautismal; su extática oración, sus espantables mortificaciones, las obras de celo de que ya os he hablado. El concentró su amor en la persona divina de Nuestro Señor Jesucristo y en su Madre Santísima. Meditando en las perfecciones de María llegó a lo más sublime que hay en ella, a su corazón de madre, que al extenderse a todos los hombres no se reparte ni se diluye, que prefiere entre sus hijos a los más pobres, a los más infelices, a los más extraviados. Del conocimiento del corazón de María pasó al del corazón de Jesucristo. Tal es la economía de la Providencia: *Ad Jesum per Mariam*. El mundo no conoció al Hijo sino por medio de la Madre. Los pastores de Belén, primicias del pueblo escogido, contemplan al Niño Jesús envuelto en pañales y reclinado en el pesebre al lado de su Madre; los magos de Oriente, primicia de los gentiles, adoraron al Rey de los siglos reclinado en el regazo de María; los apóstoles creye-

ron en la divinidad de su Maestro, cuando le vieron convertir el agua en vino a ruegos de la Virgen.

El amor y el culto al corazón de Jesucristo, no es nuevo en la Iglesia católica; y en los escritos de san Bernardo y de san Buenaventura se hallan páginas sobre este asunto de una elocuencia no superada en las edades posteriores. Pero aquella era una devoción individual, y a san Juan Eudes reservó Dios el privilegio de extenderla. Las fiestas de los sagrados Corazones se establecieron en varias diócesis de Francia y el santo redactó los oficios palpitantes de ternura y de amor. A santa Margarita María le correspondió, cien años más tarde, difundir aquel culto a la Iglesia universal. Los dos santos tuvieron idéntico concepto: para entrambos el corazón de Jesús es el símbolo y el asiento del amor divino; pero la virgen de Paray-le-monial, miró en la caridad principalmente sus dolores y su muerte y por eso nos lo representó abrumado bajo el peso de la cruz, coronado de espinas y traspasado por la lanza; y quiso que nuestro amor fuera también un desagravió; no porque Cristo padezca por nuestros pecados, porque El en la gloria es impasible, sino porque las culpas de los hombres, pretenden arrebatarle parte de la gloria extrínseca que le corresponde como a Dios y Redentor del mundo.

El divino Corazón de Jesús, es lo más excelente, lo más amable, lo más sublime que existe en el cielo y en la tierra, porque es obra directa del Espíritu Santo, se formó de la sangre inmaculada de María, está unido hipostáticamente al Verbo y es por consiguiente el Corazón de Dios; porque El fue quien se compadeció de todos los enfermos para sanarlos, de las multitudes hambrientas para alimentarlas con los cinco panes del desierto; perdonó a los pecadores; porque él fue quien

hizo llorar al Hombre-Dios sobre las desgracias de Jerusalem y sobre el sepulcro de Lázaro su amigo; porque aquel Corazón lleno de tristeza, de temor y de tedio le hizo sudar sangre en el Huerto de los Olivos; porque fue traspasado por la lanza después de muerto para que de El naciera la Iglesia, como Eva del costado del varon durante su sueño.

¡Sagrado Corazón de Jesús, concédenos por medio del Corazón Inmaculado de tu Madre que creamos en Ti, en Ti esperemos, y a Ti amemos con todas las fuerzas de nuestra alma!

¡Glorioso santo cuya canonización estamos festejando, auménta en nosotros con tus ruegos, la fe, la esperanza y la caridad, para que imitando tus virtudes en la tierra, seamos compañeros tuyos en la gloria.

R. M. CARRASQUILLA

Bogotá, agosto 28 de 1925.

EL TEATRO EN ATENAS

L. C. 24 de julio de 1925.

Señor doctor don Abel Casabianca.—E. S. D.

Muy señor mío de todo mi respeto:

Algunos amigos, jóvenes los más de ellos, que se interesan todavía por las «idealidades artísticas,» a pesar de cierto *practicismo* mercantilista de procedencia septentrional que nos invade y asfixia, me han hecho preguntas y pedido pareceres sobre cosas de teatro. Yo les he contestado de la mejor manera para mí posible y prometíoles de muy buen grado escribirles una breve carta sobre esas cosas tan de mi gusto, aunque sea hurtando algún rato a ocupaciones muy graves.